

CUESTIÓN DE VOLUNTAD

Estoy en el paraíso. Y no lo digo metafóricamente hablando, sino en uno real. Tumbado en una hamaca bajo las palmeras de una playa tropical rodeada por un mar turquesa con la brisa agitando las frondas y el murmullo de las olas lamiendo la arena dorada.

¿Cómo he llegado hasta aquí? Por la enfermedad que voy a explicar.

Todo empieza con un fuerte dolor de vientre. Sientes náuseas y te asaltan las dudas porque vomitar no es propio de ti. Confías que sea síntoma de algo leve y de mala gana acudes al servicio de urgencias del hospital, donde en principio tras la oportuna radiografía no se le da importancia y te envían a casa con un calmante y un laxante. Pero cuando se repite el mismo dolor varios días después y vuelves al médico, éste empieza a sospechar que te ocurre algo extraño y decide hacerte algunas pruebas complementarias. Una descarga de adrenalina fluye por las venas poniendo tus sentidos en alerta. Te das cuenta que no todo son risas e ilusiones, sino también sufrimiento y drama. Primero te practican una ecografía. Pero el médico, profesional experimentado, no queda satisfecho y exige la prueba definitiva, es decir, una colonoscopia. Tan solo de oírlo se te ponen los pelos de punta. Vuelves a casa acojonado. Haciendo de tripas corazón inicias el tratamiento: te tomas el fosfosoda como laxante, estás 24 h. en ayunas y efectúas un enema para limpiar el recto.

¿Quién lo iba a decir? Ironías del destino. Una cruel paradoja pues uno se considera fuerte y sano, y resulta que no es inmune a la enfermedad.

Vuelves al hospital y te practican la dichosa colonoscopia. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones de la enfermera, te desnudas por completo, te pones una bata (¿me gustaría saber para qué?) y te colocas de costado en la correspondiente camilla con el trasero al aire. Entonces el doctor o la doctora en cuestión te introduce el colonoscopio por el ano lentamente (es una manera suave de explicarlo, pues quizá sería más oportuno decir que te meten el tubo por el culo sin demasiadas contemplaciones). Recuerdo la experiencia como una auténtica violación. Acto seguido el dichoso tubito empieza a hincharse para realizar sus funciones. La minicámara transmite imágenes a un monitor de modo que mientras sientes ultrajada tu dignidad, al menos puedes ver el interior del intestino reflejado en una pantalla. Pero en tales circunstancias no estás de humor para ver la tele y cierras los ojos con la premisa: “que sea lo que Dios quiera”.

Una vez finalizada la prueba, con una serenidad nacida de la fuerza de la costumbre, la doctora te comunica el resultado. Ya intuyes el golpe moral. Presagias lo peor, aunque mantienes la calma. Es como el veredicto de un jurado cuando decide la culpabilidad de un reo. Una sentencia implacable e irrevocable. Con semejante diagnóstico las esperanzas de que no sea nada se desvanecen como por ensalmo. La palabra “tumor” queda grabada en tu cerebro. La posibilidad de estar incubando o siendo corroído por un cáncer produce escalofríos en el individuo más templado. Me atrevería a decir que incluso un superhéroe, se estremecería de miedo en caso parecido. En aquel instante notas que las fuerzas te flaquean, se desmorona el espíritu luchador que te caracteriza. Sientes impotencia y resignación. ¿Qué más puedes hacer? Es como si el infortunio te persiguiera o la desventura se hubiera cebado en ti. Guardas el secreto porque no quieres ser objeto de lástima. A continuación te pones en contacto con el cirujano, no para desearle buenos días precisamente,

sino para acordar la fecha de la operación. Te practican un TAC para evaluar el grado de afectación de la zona. Crece el desasosiego. Visitas al anestesista para revisar tu historial médico, además te realizan otro análisis de sangre, una nueva radiografía y un electrocardiograma. Y luego se despiden con un “vuelva usted dentro de una semana”.

Una semana, 7 días, 168 horas, 10.080 minutos o 600.480 segundos... qué poco tiempo. Llegas a plantearte que es la última semana de vida, que el tiempo se acaba y deseas gozar de aquel breve período a toda costa en paz y en compañía de los seres queridos. Entonces te percatas de la necesidad de los problemas que antaño te inquietaban, de la nimiedad de los ajetreos que te atribulaban. Una vez en el hospital mientras estás postrado en una de las anodinas camas de las insulsas habitaciones simulando una serenidad que no sientes, aprecias la caricia de tu esposa o un beso de tus hijos. Allí nos reducimos a una sencilla pulsera identificativa de plástico en la muñeca y un simple código de barras al pie de la camilla. Soy el paciente 318 P de puerta y mi compañero de habitación el 318 V de ventana. Procuras aparentar calma cuando en realidad estás aterrado. Ni siquiera los ánimos de la familia te sirven de consuelo, porque la procesión va por dentro. Te sientes frágil, vulnerable. Ocultas tu desazón para no preocupar a la familia, pero nos ponemos en manos de Dios y rezamos para que el cirujano haya tenido una buena noche y llegue al quirófano descansado y en plenitud de facultades.

Todo lo padecido no es nada comparado con la angustia que se siente cuando te despides de los familiares y amigos a las puertas del quirófano. Verles con lágrimas en los ojos deseándote suerte te acongoja y te induce a pensar que no volverás a verlos. Ignoras si saldrás vivo de allí. Realmente es una experiencia traumática. Encomiendas tu alma al Señor y cierras los ojos resignándote a tu suerte. En tan dramática situación la vida desfila por tu mente a una velocidad de vértigo buscando recuerdos a los que aferrarte.

Una vez en el quirófano debes prestar atención a las indicaciones del anestesista y te ves rodeado de un equipo médico vestido de verde dispuesto a cortar por lo sano y a trajinar en tu organismo. Te permites una sonrisa irónica pensando que preferirías observar a un equipo de fútbol. A duras penas logras concentrarte en la voz del anestesista cuando anuncia: “respira hondo”. Luego silencio y oscuridad. Y cuando en medio de la tensión, el médico comunica a la familia que la operación ha ido bien y el paciente evoluciona en la fase de recuperación, brotan lágrimas de alegría al saber que todo marcha bien. Las emociones son difíciles de enmascarar y cada cual da rienda suelta a los sentimientos y los exterioriza según su carácter.

Cuando dos horas después recobras la consciencia y abres los ojos en la sala de reanimación, el primer pensamiento es bendecir el santo nombre del que inventó la anestesia. ¡Ya ha acabado! ¡Qué valiente soy! Piensas con razón porque ninguna queja ha salido de tus labios.

Paciencia y que transcurra el tiempo. Durante el primer día estás tan amodorrado que incluso te impide oír los ronquidos del colega de cuarto. ¡Bendito Nolotil! A medida que se suceden los días vas notando una ligera mejoría y te asalta la tentación de salir pitando del hospital para refugiarte en tu casa. ¡Hogar, dulce hogar! A lo largo de cada jornada se origina un desfile de enfermeras con su incesante trajín de vaciar el drenaje, colocar las bolsas de suero, calmantes y antibiótico, ayudar a los pacientes con la cuña, realizar transfusiones, ajustar la bomba volumétrica, revisar la sonda...

Parezco una central nuclear, conectado mediante una serie de tubos a extraños aparatos con bolsas que destilan líquidos que fluyen lentamente hacia mi interior. Me siento como un ciborg, mitad hombre mitad máquina. Como bien dice mi hermano “el humor es la mejor terapia para combatir la adversidad”. Una de las noches que dicho hermano se quedó para hacerme compañía, pasó la noche en vela deambulando por el pasillo para observar el percal.

Y las enfermeras de bólide por toda la planta apaciguando los ánimos de los alterados pacientes. ¡Menuda novecita! Esas mujeres laboriosas sí que se ganan hasta el último euro de su sueldo. No esas otras que figuran en las páginas de la prensa rosa con las bragas mojadas en busca de caminos fáciles. Bellas modelos de sonrisa bobalicona capaces de todo por dinero. Moviéndose seductoramente con atrevidos vestidos por las fiestas de postín para atraer a sus presas. Coqueteando y flirteando con descaro para salir en las revistas del corazón. Tanta superficialidad me asquea. Chicas de lindas facciones y cuerpos armoniosos dispuestas a caer sin remilgos rendidas en los brazos de cualquier famosillo con una suculenta cuenta corriente en el banco. ¡Cuánta falsedad! ¡Cuánta gente inútil! A esas mojigatas del mundo de la farándula me gustaría ver en mi situación.

Recibes una visita tras otra, todas explicando su historial clínico, sus peripecias en los hospitales y te dan ganas de enviarles a hacer puñetas. Sin embargo, lejos de deprimirte, soportas estoicamente sus avatares pensando que ya queda menos. Incluso haciendo gala de un morboso humor, les dices que en adelante lucirás un enorme piercing en el vientre y serás la envidia de las jovencitas que se horadan el ombligo.

Siguiendo con las fases de recuperación, un día te sientas un ratito, otro caminas arriba y abajo llevando la percha móvil con toda la parafernalia de goteros. La vida es un paseo entre hospitales. No olvidemos que nacemos en uno, los visitamos a lo largo de los años por distintos motivos (partos, apendicitis, accidentes, sepelios...) y finalmente acudimos a otro para acabar allí nuestros días.

Te entretienes en contar las visitas y eso que has procurado mantener tu patología en secreto. Veintinueve personas diferentes. ¡Menos mal que en el hospital no cobran entrada!

El tumor se envía a analizar y una semana después, justo al finalizar la convalecencia en el hospital, nos llega el resultado del análisis del tumor: “benigno y sin rastro de metástasis.” Lanzas un suspiro de alivio y te invade una inmensa tranquilidad. Al mismo tiempo rezumas satisfacción por todos los poros y te entran unas ganas locas de reír, saltar, e incluso de besar al médico, a las enfermeras y a la madre que los parió.

No obstante, sufrir una operación así nos abre los ojos, vemos la vida de modo diferente, aprendemos a valorar las cosas en su justa medida, lejos de materialismos y convencionalismos.

He sobrevivido. He vuelto a nacer. Pero para llegar aquí he sufrido mucho, he padecido lo indecible. Mi lección es que nunca debe perderse la esperanza. Si algo he aprendido en esta odisea es a luchar, a no darme nunca por vencido y la conclusión a la que he llegado es que la vida es demasiado preciosa para malgastarla en bobadas. Es necesario apurar hasta el último segundo para sacarle el máximo jugo y disfrutar de todas y cada una de las experiencias que protagonizamos durante nuestra vida.